

En portada El señor de la muerte

Profesión: matar. Como miles de matones en Brasil, Julio Santana presta sus servicios a alcaldes, políticos, empresarios, latifundistas o maridos celosos // Casi todas las muertes de este 'pistoleiro' están aún sin esclarecer

Confesiones del hombre que mató a 492 personas y duerme tranquilo

El brasileño Julio Santana asesinó a sueldo a hombres, menores y mujeres antes de jubilarse

Reportaje

BERNARDO GUTIÉRREZ
RIO DE JANEIRO

Después de cada muerte, el ritual siempre era el mismo: rezar diez ave marías y veinte padres nuestros. Ni uno más, ni uno menos. Tras la *rezo-terapia*, Julio se deshacía de la culpa. Y tenía la certeza de que nunca iría al infierno. Hace treinta y seis años, cuando mató a su primera víctima, un imberbe Julio no consiguió pegar ojo ni probar bocado. Después de 492 muertes, aprendió a convivir con los cuerpos sin vida que dejaba a su paso, a olvidar el peso de sus víctimas. "Al principio, soñaba con los muertos constantemente. Pero llegó un día en el que entendí que era parte de mi profesión y lo asimilé", asegura Julio Santana desde algún rincón perdido de la geografía brasileña.

Su voz suena tímida al otro lado del teléfono. Las frases, entre amplios silencios, llegan entrecortadas, como si el arrepentimiento le amordazase el cuello o el recuerdo de los muertos le asfixiase. "Tengo la conciencia tranquila. No maté a una sola persona por voluntad propia. Sólo porque alguien me pagaba para ello", afirma Julio Santana.

Silencio. Respiración lenta. Ahora, Julio se relaja, se confiesa sin nervios/presión.

Después de que el periodista Klester Cavalcanti publicase el libro *O nome da morte*, editado en portugués por Planeta, Julio Santana ha pasado a ser un personaje público. Un héroe/villano que despierta miedo, desprecio e, incluso, admiración. Casi todas sus muertes –niños, adolescentes, mujeres, ancianos– están sin esclarecer. Impunidad para los contratantes y para la mano ejecutora. Y nadie (sólo Klester) sabe dónde se esconde Julio, el señor de la muerte, un asesino de alquiler al servicio de alcaldes, políticos, empresarios, latifundistas o maridos celosos. "Es una profesión como otra, nada más. Igual que la de chófer o camarero", asegura Julio sin tono de arrepentimiento.

Matar al padre borracho

Desde que se jubiló, en junio de 2006, Julio quiere "vivir en paz con su mujer y sus dos hijos". Su último trabajo fue, según Julio, "sencillo": un joven de 24 años le contrató para matar a su padre porque siempre llegaba a casa borracho. Aquella madrugada, después del crimen, tomó un baño. Se acostó al lado de su mujer. La abrazó. Y susurró: "Se acabó". Atrás quedaron los muertos. Casi 500, entre ellos cuatro menores de 16 años y 59 mujeres.

Julio, entre silencios, recuerda cómo entró por casualidad en el negocio de la *pistolagem*, como se conoce en Brasil a la industria de pistoleros. Un día, el 7 de agosto de 1972, su tío Cícero llegó a su casa, en la paupérrima localidad de Porto Franco, aislada



Velatorio para 'Dema', sindicalista asesinado en Altamira. P. AMORIM

en la Amazonia, en el estado de Maranhão, a orillas del río Tocantins. Y le sugirió matar a Amarelo, un hombre que había violado a una niña. "Me ofreció mucho dinero y mucha comida. En mi familia, no teníamos nada. Acepté porque no tenía muchas salidas en la vida. No sabía entonces que mi tío era matador profesional", asegura Julio. Aquella noche, después de "apuntar a Amarelo al corazón como si fuese una fiera" y apretar el gatillo, Julio durmió mal. Se juró que "nunca más mataría a nadie". Apenas tenía 17 años. No sospechaba entonces que nunca tendría otra profesión.

Pato Donald mortal

Cada página, un nombre. Y los detalles del trabajo: fecha, nombre del contratante, precio. El cuaderno de la muerte, con una desgastada portada del Pato Donald, acompañó a Julio en sus últimos 36 años. En él, figuran historias que ni la imaginación más truculenta podría sospechar. Muertes, muertes, muertes. A navajazos. O con su inseparable pistola de 38 milímetros. Muertes/asesinatos como la del sindicalista Nativio da Natividade, en Carmo Verde, a quien liquidó en 1985 por encargo de Roberto Pascoal, el alcalde de la ciudad. O la de los seis agricultores que masacró en Pimenta Bueno, en 1987. O la de un banquero endeudado de Teresina, en 1983, que asesinó la misma noche en la que conoció a su futura esposa. O como



la muerte de la guerrillera Julia Petit, en el sur de Pará, donde operaban la guerrilla del Araguaia contra la dictadura brasileña. El caso de Julia Petit ocupa un espacio relevante en el libro de Klester Cavalcanti. Y es que no es para menos: Julio Santana fue reclutado como pistolero a sueldo por el Ejército brasileño. Desde la destaralada ciudad Imperatriz — sembrada de prostíbulos y miseria —, Julio Santana se convirtió en todo un “caza comunistas”.

Entre sus hazañas principales, destaca la captura del José Genuino, futuro diputado y presidente del Partido de los Trabajadores (PT). “Yo ni tenía odio ni simpatía por los comunistas. En aquella época, no entendía por qué eran bien acogidos por la población que los ocultaba, pues mi tío los comparaba con el demonio. Pero para mí era un servicio más”, afirma Julio Santana. ¿Convicciones políticas? “No, nunca he votado en toda mi vida”, matiza el pistolero.

Dos momentos difíciles

Cuando a Julio se le pregunta si hubo alguna muerte especialmente difícil, no responde con claridad. ¿Alguna más difícil de ejecutar? ¿Alguna que pese más en la conciencia? Julio reacciona. Habla de dos momentos difíciles. El primero, en mayo de 1987, en Tocantinópolis. Después de matar a Alzimara, una joven de 29 años, Julio fue detenido. La única vez en su vida en la que se vio entre rejas. Gracias a su mujer, que so-

bornó al comisario con una motocicleta, Julio salió libre. Y el segundo caso, la muerte por equivocación, en 1982, de João Baiano, un *garimpeiro* (buscador de oro) de 19 años, en la Serra Pelada, la mayor mina de oro del mundo. “Maté a un inocente, me equivoqué. Aquel es el muerto que más ha aparecido en mis pesadillas”, confiesa Julio.

¿Qué se siente al apretar el gatillo? ¿Al cobrar por ello? ¿Qué pasa por la cabeza de un mercenario de la muerte? Julio —voz amable, frases sencillas llenas de errores léxicos— confiesa que no produce placer, sino “más bien un alivio”. Y se refugia, erre que erre, constantemente en una idea: “Yo nunca maté con ganas de matar. Sólo porque me pagaban”.

Reconoce, eso sí, que entró en el la profesión porque le gustaban las “aventuras y cambiar de lugar”. ¿Y qué se siente después de disparar? ¿Haciendo desaparecer a una persona demasiado inocente? ¿Qué hay tras el disparo a bocajarro?

—Julio, en febrero de 1978, usted mató a un niño de 13 años. Era el hijo de un matrimonio que trabajaba en condiciones análogas a la esclavitud. Ellos se escaparon y el terrateniente te contrató para matar a su hijo. Después, les amenazó con matar a los otros hijos para obligarles a volver. ¿No se sintió especialmente culpable?

La línea cae. Julio, sin voz ni eco al otro lado del teléfono, se hace invisible. Desaparece. ¿Será que Ju-

lio Santana, por un día, alguna vez, sintió una culpa que ni todos los padres nuestros del mundo pudieron limpiar?

Nadie al otro lado... “¿Julio, Julio?”. Julio no responde. Klester Cavalcanti ya me advirtió: “Está nervioso. No quiere que su mujer le escuche”. Desde que Julio confesó a su mujer, muchos años después de casarse, que era asesino a sueldo, su matrimonio fue una tortura. Ella (de quien oculta el nombre a toda costa) le recriminaba constantemente su profesión. Incluso, le amenazó duramente con abandonarle y huir con los hijos. Julio, con sangre de plomo, respondía siempre lo mismo

—Mujer, es mi profesión. ¿Qué voy a hacer?

Currículum impecable

Julio nunca supo hacer otra cosa que matar. Y aunque prometió durante años colgar la pistola, no lo hizo. Su fama legendaria en Porto Franco (donde vivía). Su currículum impecable. Todo una vida de muertes perfectas. Y una lluvia de encargos.

Julio reaparece al otro lado de la línea. Su voz tímida renace. Ahora, algo nerviosa.

Llegó la hora de la mano izquierda. De la diplomacia.

—Julio, usted siempre fue un profesional que cumplió la ética de los pistoleros.

Silencio. Respiración relajada. Y Julio brillando, aparecido, limpiando su conciencia inconscientemente.

Su voz suena tímida al otro lado del teléfono y las frases llegan entrecortadas

«Maté a un inocente, me equivoqué; es el muerto que más ha aparecido en mis pesadillas»

«Yo nunca maté con ganas de matar, sólo porque me pagaban; es una profesión como otra»

“En el mundo de los pistoleros, existen reglas. Y yo siempre cumplí”, matiza. Julio se refiere a las cinco reglas que su tío Cícero le inculcó desde adolescente. Una especie de cinco mandamientos que compiten de alguna manera con el bíblico “no matarás”: “Nunca matar a una mujer embarazada. No robar a las víctimas. No matar a otros pistoleros. No hacer servicio sin cobrar antes. No matar a nadie cuando duerma”.

En *O nome da morte*, Julio confiesa que se convirtió en un pistolero porque quería ser rico. Acumular bienes. Casas. Dinero. “Al final, me di cuenta de que tampoco tenía tanto. No sé si había valido la pena”, afirma Julio. Cuando embarcó con su familia hacia “un lugar remoto donde nadie me conociese”, hizo un balance de lo que había conseguido: una casa pequeña, una TV de 20 pulgadas, un aparato de sonido, un DVD, un Fiat 147. Y una lancha. ¿Había valido la pena derramar tanta sangre? Julio, aquel adolescente que comenzó a matar porque con lo que ganaba “compraba todas las coca-colas que quería”, habla cada vez más suave. Como anunciando una retirada definitiva. Antes, su última confesión: sigue soñando con João Baiao, el *garimpeiro* inocente. “Es como si Dios no me hubiese perdonado del todo”, matiza. Cuando aquel joven de 19 años interrumpe sus sueños, Julio se lava la cara. Respira en profundidad. Y reza. Como siempre: diez ave marías y veinte padres nuestros. Ni uno más, ni uno menos. *

El señor de la muerte



Militantes del Movimiento de los Sin Tierra conmemoran el décimo aniversario de la masacre de 19 trabajadores rurales a manos de policías en Pará en 1996. PAULO AMORIM

La fábrica de pistoleros

Reportaje

B.G.
RÍO DE JANEIRO

La figura del pistolero (los jagunços de los libros de Jorge Amado) se remonta a la noche de los tiempos. Y en regiones como los sertões (un casi desierto que ocupa el interior del paupérrimo nordeste), el matador tiene hasta prestigio. "Un pistolero es una persona respetada. Ya vi a muchos padres de familia pasar la mano sobre la cabeza del niño y decir: este chico llegará lejos, un día será matador", asegura Peregrina Cavalcanti, doctora en sociología en la Universidad Federal de Ceará (UFC). En el libro *Cómo se fabrica un pistolero*, Peregrina hace un duro retrato de los asesinos de alquiler como Julio Santana. Y más aún: de los grandes intereses económicos que están detrás. "Hace unos meses encontraron

en el estado de Pernambuco una oficina especializada que ofrecía servicios de pistoleros. En Ceará, es habitual", asegura Peregrina. Y es que al igual que Julio Santana, que mató personas en 32 ciudades de 13 estados brasileños, existe un mercado de matadores profesionales con pasajes aéreas y gastos diarios pagados por los contratantes. "Aquí ya no es crimen organizado, es una fuente de renta", matiza Peregrina.

Héroes venerados

El mítico escritor João Guimarães Rosa resume en una frase de su legendario *Grande sertão: Vereda* la 'no ley' de los interiores brasileños: "El sertão es penal, criminal. Si Dios viniese, vendría armado. Las que gobiernan el sertão son las astucias de los grandes".

El hecho de que Lampião, el bandido que recorría los sertões con su grupo armado robando y asesinando a principios del siglo XX, sea el héroe más venerado, da una idea de la fuer-

za mítica de los pistoleros.

Casi un siglo después del sertão que recreó Guimarães Rosa, la realidad continúa igual. O peor: no se limita a los sertões. La pistolagem se ha extendido a todo Brasil. En 2006, en Brasil murieron 39 campesinos a manos de pistoleros de alquiler, según la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT). Y la cifra apenas incluye a los muertos en conflictos de tierra.

La muerte que más impactó a la opinión internacional fue la de la misionera estadounidense Dorothy Stang, que en febrero de 2005 fue acribillada por un pistolero en Anapú, en el sur de Pará. Pero es apenas la punta del iceberg del mercado de la muerte por encargo. En muchas ocasiones, no son muertes aisladas sino verdaderas matanzas. La masacre de Felisburgo, en el estado de Minas Gerais, el 20 de noviembre de 2004, dejó 5 muertos y doce heridos.

La masacre de Camarazal, en el estado de Pernambuco, en 1997, se saldó con dos muertos y decenas de he-

ridos). Y la muerte de Valdimir Mota, el 21 de octubre de 2006, en el estado de Paraná, salpica a la poderosísima Syngenta Seeds (química anglo suiza), principal sospechosa de ordenar el crimen. La impunidad de pistoleros y contratantes es la tónica.

Pistoleiros, jagunços, cangaceiros. Palabras enraizadas en la historia que justifican por qué el interior de Brasil, como el sur de Pará donde murió Dorothy Stang, es conocido en la prensa nacional como *far oeste*.

Hace pocos meses, este reportero oyó historias descabadas de pistoleros recorriendo en coche la carretera entre Piacabuçu y Maceió, en el estado de Alagoas. El conductor estaba especialmente orgulloso porque pertenecía a una familia de pistoleros. Historias descabadas/inverosímiles como la de un pistolero que después de matar a varias personas trabaja en el ayuntamiento de la ciudad. O como el caso de Depe, el mejor pistolero de la región, que hizo un pacto con el demonio para ser invisible. Sus víctimas pasaban delante suyo, sin verle, antes de recibir el balazo final. *

www.publico.es

VIOLENCIA SEXUAL ENTRE REJAS,
LAS MUJERES EN LAS CÁRCELES DE BRASIL
www.publico.es/24190

«El 'sertão' es penal, criminal. Si Dios viniese, vendría armado»

«Aquí ya no es crimen organizado, es una fuente de renta»